



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



EN BABIA

Recuerdo incluso lo que no quiero.
Olvidar no puedo lo que quiero.

Cicerón

Con las primeras luces acudo a la playa del Cabañal, quiero ver salir el sol en la festividad de la Virgen del Carmen, patrona del mar, de la Armada Española, pues en otro tiempo asistía con mis mayores a una convenida liturgia, primero contemplar el surgir en el horizonte al astro rey de entre las sosegadas aguas, luego un buen tentempié, para acto seguido engalanar la embarcación familiar y seguir en procesión marítima a la venerada Señora, acomodada sobre una barca, en grata mezcla de lo lúdico y lo religioso.

A estas horas de la madrugada, tras una noche tropical, en la solitaria costa se agradece los mimos de la brisa marina sobre el rostro, el cadencioso sonido de las olas al lamer la orilla, los cuales me incitan a recoger los bajos de la pernera, despojarme de los calcetines y con las zapatillas en la mano pasear descalzo. Camino en línea recta, mis pisadas quedan nítidas, marcadas sobre la húmeda arena de la orilla, al tiempo que el oleaje vacilante acaricia mis pies; es una sensación placentera, la cual me estimula hacia vivencias de mi niñez. Reconozco la playa, nada ha cambiado, bueno, es un decir, mi persona acumula sobrada juventud... regreso sobre mis pasos, advierto que las huellas de los pies han desaparecido, la mar en su incesante ir y venir las ha borrado. Nada indica mi reciente vagabundeo.

Admito que en la vida no hay vuelta atrás, resulta penoso que algunos de nuestros jóvenes no acepte ni considere los esfuerzos hechos por las generaciones anteriores, para ellos nada subsiste del duro trabajo de sus antecesores, se ha evaporado, esfumado, al igual que mis huellas de pisada sobre la fresca arena. Esta juventud, nacida con Internet, ha asistido al rápido desarrollo de las nuevas tecnologías, no recuerdan al mundo como era. Los analistas reiteran entre sus rasgos la falta de madurez, el individualismo, altas expectativas, infalibilidad en sí mismos, autoestima exagerada y la demanda de riqueza. Sin desdeñar su facultad para acomodarse a nuevas situaciones, mudar de entorno y trabajo, así como crecer con rapidez o solventar diversos asuntos a un tiempo. Lo quieren todo a la vez. No están dispuestos a transigir con un trabajo poco atrayente y vulgar; son menos religiosos que antaño, nunca dejan las cosas buenas para luego. Aspiran a legar su huella en la historia, tener una vida fascinante, formar parte de algo grande, prosperar, reformar el mundo que les circunda... Por mi parte me cuesta admitir ciertas actitudes, me niego en redondo y afirmo que en la vida no importa las patadas dadas, si no los resultados. Hay una diferencia entre dejar huella o producir cicatrices, estas últimas son producto del mal, causan dolor y acarrear heridas abiertas, inquietudes, las cuales es preciso limpiar y cuidar. No se trata de dar pasos, sino de dejar vestigio de ellos. Cada persona que desfila por nuestra existencia es única, siempre da un poco de sí y se lleva un poco de nosotros.

Habrán quienes conseguirán mucho, pero nada dejarán. Lo importante es lo que cada uno hace con la vida.

Vivimos inmersos en nuevas andaduras, tanto políticas como económicas; nadie parece enterarse donde conduce esta deriva, vagamos ausentes, despreocupados y faltos de interés por conocer el pasado, procedemos con indolencia, disfrutando de cuanto depara la sociedad de consumo. Las gigantescas empresas se posicionan poco a poco, incluso vadeando el control democrático, lo cual genera turbulencias gubernamentales, financieras, sin apenas apercibirnos de ello, más atentos como estamos a otros acontecimientos de la sociedad. Desde el poder se permite a ciertas compañías negociar con dureza con los diferentes gobiernos, sindicatos y parte de la sociedad civil, siempre, en la totalidad de los casos, para procurar la rebaja de impuestos y alcanzar especiales condiciones que favorezcan sus inversiones, sin perder de vista un enfoque global de la economía, estimando como clientes todo el orbe.

Sin duda, las grandes firmas multinacionales son uno de los ámbitos de injerencia más poderosos en este momento, pues llevan a cabo desde sus respectivos centros una acción de dominio a escala mundial, dado su volumen de gestión, viabilidad de incidir sobre las economías nacionales, concentrar en relativa pocas manos el poder de decisión y su extensión sobre el conjunto del territorio mundial. Su hegemonía la basan en cuatro elementos: Uno, por su capacidad en demanda de bienes y servicios intermedios. Dos, por su volumen de compra, en especial a través de las actividades comerciales, sobre la fabricación de gran parte del resto del sistema productivo. Tres, por la oferta, tanto cuantitativa como cualitativa, en base a su magnitud de elaboración y poder fijar la línea de las mercancías a consumir, y, Cuatro, su vínculo con el sistema financiero mundial.

A nadie asombra que estas empresas aprovechen la expansión mundial para difundir una nueva economía, política y cultural. Nos guste o no lo tenemos cerca, en definitiva son los inmensos fondos económicos usados por la mayoría de las multinacionales, sumando así a los grandes capitales los otros sectores del mercado. En el momento que recapacito acerca del futuro, por mi responsabilidad familiar y empresarial, no dejo de sostener que estas transnacionales terminaran comprando las firmas de tope medio en los varios sectores de la economía, para de este modo concentrar en manos de unos pocos los patrimonios de muchos. Son fórmulas viejas como la vida misma, de todos es sabido que la riqueza acumulada ha ganado de modo invariable voluntades a quien se ha dejado comprar o corromper.

Me viene a la mente, en verdad no sé muy bien porqué, quizás al tener en la bella comarca leonesa de Babia, cercana al límite con Asturias, orgulloso de su origen un buen amigo desde hace muchos años, lo cierto es que ha mucho tiempo era normal, por aquellos pagos, preguntar por el paradero de los reyes de León, a lo cual los paisanos confirmaban residían en dicho lugar debido a su abundante fauna, donde pasaban el tiempo despreocupados de los vaivenes e intrigas de la corte, de ahí la frase "estar en Babia", y yo me pregunto estimado lector: ¿no estaremos nosotros en estos momentos en Babia?. Ustedes disculpen, es lo que hay.

Antonio Ávila Chuliá